

La horda frente al orden: La controvertida pasión del fútbol

Jaime Collyer¹

Resumen:

El presente artículo indaga en algunas razones que quizá permitan explicar la supervivencia tan pertinaz del fútbol en la fase contemporánea, su cualidad omnipresente y universal como fenómeno de masas, el embeleso que suscita hasta hoy en sus adherentes, tanto de la clase trabajadora como provenientes de las élites. Sin renunciar a sus vivencias personales, el autor explora en elementos conceptuales adscribibles a la Sociología de la Cultura que sugieren el valor identificatorio del fenómeno futbolístico, su cualidad de "rito de pasaje" para la masculinidad temprana y su potencial para una re-actualización colectiva de "lo sagrado" en los recintos donde tiene lugar. El artículo brinda algunas referencias literarias sugestivas de un *ethos* subyacente a la devoción del fútbol, considerando, en ese escenario, el problema ciertamente insoslayable de la violencia incontrolada que él engendra en ocasiones, intentando dilucidar el significado subrepticio de tales manifestaciones en el contexto de la *societas* peculiar en que tienen lugar.

Palabras clave: Naturaleza del juego, ritualismo en el fútbol, violencia grupal.

The hordes against the order: The controversial passion for soccer

Abstract

This article examines some of the reasons that may explain the persistent survival of soccer in the contemporary period, its omnipresent and universal quality as mass phenomenon, the captivation it has exercised on its fans, both from the working class and the elite. Without ignoring his experiences, the author explores the conceptual elements pertaining to the Sociology of Culture, which suggest the identificatory value of soccer phenomenon, its quality of "rite of passage" to early masculinity and its capacity to collectively re-update what is perceived as "sacred" in the stadiums and other playing fields. The article provides some literature references which suggest the existence of an *ethos* underlying the soccer devotion without overlooking the unavoidable problem of uncontrollable violence soccer produces sometimes. Thus, the article also seeks to elucidate the surreptitious meaning of such manifestations taking place in the context of this peculiar *societas*.

Key words: Nature of the game, ritualism in soccer, group violence.

¹ Escritor, psicólogo y Magister en Sociología del Desarrollo.

Dice un reconocido innovador de la tradición freudiana que todo en la vida es una variante de lo que él mismo denomina genéricamente “el juego” (Winnicott, 1971). Nuestro deambular más o menos optimista o atribulado por este valle de lágrimas, nuestras aspiraciones ocultas o explícitas, nuestros anhelos endémicos de trascendencia son –serían– todos una forma de ajuste individual ante una situación primigenia que todos atravesamos en la relación temprana con nuestra madre. Cuando éramos por naturaleza incapaces de diferenciar entre ella y nosotros, entre nuestra propia escenografía interna y el mundo, entre eso que la filosofía y la propia psicología evolutiva designan como el Yo (nosotros) y el No-Yo (el mundo). Nuestra madre era, por entonces, una nebulosa tibia y complaciente, afectuosa y táctil, que hacíamos surgir junto a nosotros (idichosa instancia!) cuando lo requeríamos. Era –siempre que no hubiera anomalías maternas o un azar nos hubiera privado de ella– una fase de absoluta omnipotencia: bastaba que irrumpiera en nosotros la avidez de leche o caricias para que la nebulosa estuviera allí, con su pecho a nuestro alcance y sus manos para envolvernos. A contar de allí, sobrevienen la vida y el resto del asunto y hay que desprenderse progresivamente de la nebulosa-madre, en una decepción programada e ineludible, punto en que buscamos llenar con algo esa brecha. Winnicott dice que ese algo es el juego. Adhiere así a lo que ya postuló Huizinga (1996), cuando señalaba que el juego es el fundamento en propiedad de la cultura en su sentido más vasto y abarcador.

Pero, al menos en el caso de Winnicott,

no debe entenderse el término “juego” en un sentido literal. El juego es más que su acepción habitual, de lo propiamente lúdico. Jugamos, en rigor, por el sólo hecho de seguir vivos, para adaptarnos al tira y afloja circundante; jugamos cuando atormentamos distraídamente a un peluche o cuando elaboramos, más adelante, un sistema filosófico; jugamos cuando hacemos el amor o invertimos en la bolsa, cuando perdemos la fe, cuando la recobramos, cuando redactamos una novela o resolvemos postularnos a alcalde. En ese despliegue multiforme, el juego por antonomasia es –según el propio Winnicott– la vocación artística o religiosa. Son las dos posibilidades que él sugiere, el arte y el misticismo. A mí se me ocurre que hay una tercera y es el fútbol. El nunca bien ponderado, el muy vilipendiado y no menos venerado deporte del balompié.

El juego como redención

¿Qué hay en el fútbol que nos convoca como lo hace? ¿Qué será aquello, dentro de ese ritual globalizado y semanal, que suscita la adhesión incondicional de quienes lo siguen o los denuestos apasionados de sus detractores, el fervor cuasireligioso o la repulsa, la devoción ocasionalmente arrasadora en que incurren sus adherentes o el afán contrapuesto de la institucionalidad vigente por reducir sus ímpetus? Una primera explicación, sumamente atendible, da por sentado en el ritual futbolístico un territorio de emociones dispersas en que el varón contemporáneo,

tan despojado de sus propias emociones, se permite recuperarlas en forma transitoria y ser el individuo vulnerable y pasional, incontenible y vehemente, que estaba destinado a ser cuando aún había junto a él la nebulosa-madre. Ese individuo que varios años de formación falócrata e implacable (con mucho padre emblemático a cuestas y tras mucho repetirse él mismo, machaconamente, eso de que "los hombres no lloran") acaban recortando en sus posibilidades emotivas, cercenando en sus desbordes, reduciendo a su mínima expresión. En el mejor de los casos, relegando a instancias programadas como esta del balompié, donde el machito bien formateado puede aún permitirse sollozar por el equipo de sus amores, congeniar con el resto de la manada, reconocerse por un breve lapso como un animal sano y congruente. Allí donde los hombres sí lloran y despotrican y se desmelenan abundantemente cada domingo.

Linda hipótesis, esta que imagina el fútbol, en primera instancia, como un territorio susceptible a la regresión. Tan sólo cabría añadirle una pizca de atavismo allí emboscado, en cada nueva ida al estadio. El fútbol es no sólo una instancia de reencuentro del varón convencional con su propio sistema límbico (ese donde anidan las emociones), sino a la vez con su propia soberanía menoscabada por la modernidad, por tanto contrato social que fue menguándole de a poco la vocación testosterónica, por tanta ilustración corrosiva de su naturaleza cazadora y vociferante. Al acervo iluminista se sumó, en el XIX, el evolucionismo darwinista, un corolario evidente del mismo empeño

racionalizador de los ilustrados, que acabó mostrándole tarjeta roja al mismísimo Dios y sembrando el mundo de cierto desaliento materialista. Transformándolo, en fin, en un escenario comprensible, controlable, donde ya no había, por lo mismo, una Inteligencia Sobrenatural que lo rigiera, un bello propósito teleológico que gobernara a la Creación y sus derivados. La autosuficiencia propiciada por el evolucionismo contribuyó a menguar la confianza en el Dios querendón –o no tan querendón– de los varios monoteísmos en boga, rompiendo –aunque parecía afirmar lo contrario– la continuidad de la especie humana con la naturaleza, atenuando de paso la idea de que había, en el universo conocido, un gran propósito o una moral subyacentes.

Pienso que el fútbol es, en su aparente banalidad, esa opción superviviente en que el *homo-sapiens* recupera de algún modo ese propósito, esa moral que a ratos se echa en falta dentro de la modernidad. Hay en todo ello, en esos rituales dominicales donde algo se sale ocasionalmente de madre, en esa secuencia bajo control donde a pesar de todo acecha el azar darwinista, cierta nostalgia de una época anterior a la entronización progresiva de la razón y su tiranía tan provechosa, tan funcional. Una añoranza fugaz de las micro-comunidades medievales, cuando la propia vida no ocurría a su arbitrio sino en conformidad con un patrón gregario y subordinado; cuando había señores a cargo de administrarla, esa existencia prestada, alquilada, al abrigo de los barones en su pequeño espacio feudal, donde ciertos individuos escogidos se batían a veces a duelo en lugar de uno,

muchas veces *por* uno; cuando no había aún un monarca absolutista o un Estado moderno al que hubiéramos de cederle forzosamente una parte de esa soberanía para que las cosas funcionaran; cuando no había ciudades en germen y burguesías incipientes, sino sólo la unidad básica del clan y la horda primordial. Suena en extremo reaccionario, pero quizá contribuya a explicar la vigencia tan avasalladora del balompié hasta nuestros días, su carácter hipnótico, el embeleso que suscita en las muchedumbres. Un proceso, contrariamente a lo que tiende a ocurrir hoy con otros procedimientos lúdicos, que se expande cada año, con cada nueva *Champions League* (la copa que anualmente disputan los clubes campeones de Europa) o cada Copa Libertadores (el torneo análogo en Sudamérica) o cada mundial de fútbol que acecha en el horizonte. Alegan los intelectuales y los sociólogos, las esposas y las autoridades vecinales, y desde luego las fuerzas del orden, pero igual seguimos yendo al estadio, a participar con la muchedumbre en uno de los pocos ceremoniales de reconocimiento mutuo, en esencia inofensivo, que el proceso civilizatorio nos ha dejado entre manos.

Pervivencia de lo sagrado

No en vano, el origen del fútbol se remonta, en su versión más lejana, a la Inglaterra del siglo XIII (Frosdick, Marsh, 2005), el escenario medieval en que dos facciones aldeanas, cada una constituida por cientos

de participantes, se involucraban en rudimentarias versiones de lo que es hoy un partido de balompié, para resolver por esa vía disputas territoriales y de otra índole. De algún modo, esa finalidad que asimilaba el asunto a una justa colectiva, a un torneo para dirimir conflictos aldeanos, acabó diluyéndose en el salto a su versión moderna, perfilando la cualidad esencial del juego en dicha etapa: su radical futilidad, su falta de objetivos prácticos. Al decir del sociólogo norteamericano Christopher Lasch respecto al deporte en un sentido amplio:

Es la “futilidad” del juego, y nada más, lo que explica su atractivo: su cualidad artificial, los obstáculos artificiales que pone por la única razón de desafiar a los jugadores a que los superen, la ausencia de cualquier propósito utilitario o de exaltación. El juego pierde rápidamente su encanto cuando se lo intenta poner al servicio de la educación, el desarrollo del carácter o el progreso social (Lasch, 1999: 131-32).

A esta inutilidad consustancial del juego, o del fútbol en particular, se suma el ceremonial colectivo que reúne semanalmente a sus acólitos, en un despliegue emblemático de pancartas representativas de sus devociones y otros símbolos, de cánticos repetitivos con la cualidad de un mantra o, hasta hace poco en nuestros estadios, del bombo que repercutía de fondo, como un tam-tam convocando a su tribu pintarrajeada a iniciar la ceremonia. La pertenencia a un club determinado es, en muchos sentidos, un rito

de pasaje al que un niño o adolescente acceden a temprana edad en el seno de su familia o el grupo de pares (preferentemente de la familia), algo que le posibilita la pronta identificación con los valores y orientaciones paternas, sin que se le brinden muchas razones para ello, como sucede en cualquier rito de pasaje temprano. El rito genera por sí solo un sentimiento de pertenencia, las más de las veces irrenunciable, engendrando una faceta de la identidad individual que va a quedar, a contar de allí, subsumida en una identidad grupal: la de la fanaticada afin al club que se le sugiere al varoncito en cuestión. Es lo que se le brinda: una identidad nueva que se puebla de mitos fundacionales, jugadores emblemáticos, incluso mártires, y leyendas que alimentan la iconografía heroica del club, símbolos varios que suelen desplegarse cada domingo en el anfiteatro donde tiene lugar de manera recurrente esa liturgia peculiar. La mitología acuñada suele incluir a jugadores que lo dieron todo por la camiseta y el club, muchos de los cuales son incorporados hoy, en gigantografías murales o esculturas de gusto dudoso gusto (como ocurrió hace poco con Juan Román Riquelme en las dependencias del club Boca Juniors), al templo en que se reúnen los acólitos o se forma a los héroes que vendrán, y se recuerda, por cierto, a los ya retirados. Se sabe que muchos seguidores del Liverpool, uno de los clubes ingleses con mayor cuantía de seguidores, solicitan a su muerte que sus cenizas sean esparcidas en el estadio oficial del club (Carretero Pasín, 2005),

como una forma de insistir, más allá de la muerte, en su adhesión de toda la vida. Hay, en la devoción del hincha futbolero, algo que la emparenta con la vinculación a lo sagrado (Durkheim, 1982) o con el sentimiento religioso. De aquí el papel tan relevante que las cábalas o amuletos juegan en todo el despliegue, equivaliendo de algún modo a la iconografía y las penitencias que suelen acompañar a todo culto de índole religiosa. Los comentaristas radiales o televisivos recriminan a veces a sus protagonistas directos –los propios futbolistas o el cuerpo técnico– esta confianza supersticiosa en los gestos cabalísticos, como si el comportamiento humano fuera mayoritariamente racional y no a la inversa: una mezcla de escasas opciones racionales, entreveradas las más de las veces con decisiones emocionales, sin un sustrato probatorio en la estadística; un comportamiento ligado a ideas, símbolos y emblemas que nos movilizan con igual fuerza que las exigencias tangibles o prácticas.

El proceder ceremonial de la hinchada es un despliegue fervoroso y gratuito (en el mejor sentido del término), incondicional y ajeno, la mayoría de las veces, a la evidencia o los resultados prácticos de su equipo en la cancha. Un socio no es meramente un socio o un abonado de determinado club: la categoría supone una afiliación espiritual que trasciende, con mucho, al pago de la cuota anual o mensual, al registro administrativo en las actas del club. Equivale a ser parte de un culto, con sus dioses menores y mayores, sus estandartes y santos canonizados, su imagen no mancillable por los

adherentes del culto alternativo, so pena de estar tolerando –si ello ocurre– un sacrilegio. El seguidor de un club proclama, incluso, la existencia de un talante singular en sus héroes de cada domingo, un estilo de juego propio, una forma determinada de abordar los partidos y los rituales prescritos. Eso que la prensa especializada reduce a “una actitud ofensiva permanente” o “una predilección por el juego defensivo” se traduce, al nivel de la fanaticada, en un sello de identidad colectiva y una forma grupal de ser, a la cual se aspira y que se impone como una exigencia tácita o explícita al director técnico y al equipo, incluso a la dirigencia del club.

Esta identificación colectiva con un estilo de vida se hace, en ocasiones, extensiva a naciones enteras. Hasta hoy recuerdo una columna publicada en el diario *El País* de Madrid por Henry Kissinger, el ex Secretario de Estado norteamericano, con ocasión del mundial de fútbol celebrado en España en 1982, en la cual hacía una asociación deslumbrante entre el estilo de juego de cada país participante con su idiosincrasia como nación (la referencia se ha perdido, por desgracia, en el limbo inagotable de la internet). Según él, mientras que los brasileños se divertían largo rato con la pelota a ritmo de samba, como sumidos en un carnaval donde, a ratos, incluso se les olvidaba el arco contrario, los alemanes lo vivían todo con un halo de tragedia, una tragedia romántica, y se jugaban enteros, con una disciplina férrea y avasalladora, hasta caer usualmente derrotados en la recta final, como el joven Werther. Había en todo ello algo de una profecía auto cumplida por par-

te del ex Secretario de Estado, pero igual resultaba cautivador, muy convincente. Se puede incluso extrapolar el asunto a nuestra propia selección, explicando por esa vía nuestro estilo de juego “apequenado” (¿acomplejado?), habitualmente atarantado, irresuelto, inestable como nuestro sub-suelo, propenso a reacciones maniaco-depresivas que suelen caracterizar a la hinchada y los comentaristas locales. Muy afín todo ello a eso que podemos denominar ampulosamente el “alma nacional”.

El fútbol revitaliza, en su contexto moderno, la noción aludida de lo sagrado: un territorio ajeno a las exigencias profanas y temporales del diario vivir, una instancia pre-moderna, no racional sino mística, que brinda la sensación añorada de una atemporalidad redentora, y sobrevive a contrapelo de la racionalidad moderna, eludiendo sus exigencias draconianas de lo rentable y el lucro, la practicidad funcional como un *modus vivendi* (más allá del negociado descomunal en que se ha transformado hoy el balompié, en el que no suele, por lo demás, participar la fanaticada). De ahí su convocatoria para el individuo contemporáneo. Frente al ideal ascético-racional de la burguesía decimonónica, ese que tan bien conceptualizara Max Weber, el universo social emergente del proletariado urbano se refugia, a temprana hora del siglo XX, en un ámbito alternativo que lo reedita en términos existenciales y amortigua las penurias derivadas del industrialismo, le posibilita una re-mitificación de lo real (Carretero Pasín, 2005). Lo libera, en suma, por la vía del ocio y el juego, de las constricciones añadidas al orden burgués triunfante, a esos “tiempos modernos”

que tan abrumadora, y lúdicamente, recreó Chaplin en su film de igual nombre. Dice al respecto Carretero Pasín, evocando la noción de lo festivo:

La fiesta, en lo que implica de suspensión de la actividad productiva, expresa la efervescencia de un anhelo de vivir sin las trabas o coerciones morales, institucionales y laborales, que da buena cuenta de la mentalidad popular. En ella se desata el elemento dionisiaco, expulsado por el racionalismo y el ascetismo instaurado por la actitud burguesa, y aflora una afirmación del presente en su máxima intensidad. Es la expresión máxima en donde lo productivo se ve soterrado por lo improductivo, en donde lo lúdico suplanta a lo serio, en donde el caos le gana la partida al orden, en donde la vida no admite aplazamientos (Carretero Pasín, 2006: 10).

Pero la exaltación referida no es solo un imán para la clase trabajadora: el fútbol adopta, nada más nacer formalmente en la Inglaterra contemporánea, una cualidad transversal, proteica en la forma que adopta pero universalista en sus alcances. Con sus reglas más o menos intactas desde entonces, al igual que ocurre con otras instancias de “lo sagrado” (por ejemplo, la música rock), magnetiza por igual a las masas y las élites, aunque una parte de esas élites sea indemne a sus encantos y reniegue crónicamente de él, progresistas y conservadores por igual dentro de esa cofradía renuente. La facción progresista, por considerarlo

un factor adicional de alienación para el individuo contemporáneo subyugado por la industrialización capitalista, vale decir, una forma adicional del “opio del pueblo”. La facción conservadora, porque sustrae al individuo de su único deber dentro de la cadena productiva, que es contribuir con su labor a la plusvalía final.

Una ética de fondo

El fútbol contiene de algún modo el azar de la selección natural, pero además un principio rector, la vieja moral nobiliaria, el imperativo categórico del *fair play* y de una lucha enmarcada en el añoso principio de la equidad, en un preclaro sentido del honor. Contiene el heroísmo muscular de Aquiles y la sagacidad no menos heroica del viejo Ulises, la habilidad psicomotriz y la astucia reunidas, cada vez, en veintidós individuos que son, a su manera, un prodigio de la especie. Allí se muere además y se renace cada domingo y sus protagonistas caen regularmente bajo el peso de sus propios errores. O resurgen luego —en una ocasión posterior— apoyándose en su propia destreza. Es la selección natural en estado relativo, en su acepción contemporánea y matizada, más tolerable que la de los orígenes: junto al tira y afloja implacable en el gran coliseo de turno, hay de todas formas un reglamento, un árbitro reinante, un juego de formas y garantías que sistematizan el procedimiento y evitan que los predadores den cuenta del adversario caído o agotado (al cual se lo devuelve normalmente al banquillo y entre aplausos, a menos que

la medida de pata –en su caso literal– haya sido muy grande). Para eso está la garantía adicional de la hinchada y su devoción sin tapujos, que crece en la derrota y se agranda en la desgracia, dando a entender a sus protagonistas que ningún traspies es definitivo y que las penas del fútbol, en fin, se pasan con más fútbol, o que –como sugiere el lugar común periodístico– el fútbol da revanchas.

Es, todo el ritual, un vestigio en la era moderna de eso que nos condujo a todos hasta aquí, a la contemporaneidad. En su trasfondo laten la superstición y la magia de los orígenes, la esperanza irrevocable de que quizás haya un dios-trueno, un dios-relámpago, y que alguno de ellos habrá de decidirse eventualmente a fulminar al adversario, cuando, por vía de ejemplo, su emisario en la tierra (el señor colegiado) se decida a pitar un penal a nuestro favor en el último minuto de juego. Como ocurría, de hecho, en un cuento del escritor argentino Osvaldo Soriano (1993), *El penal más largo del mundo*, donde un equipo de ínfima categoría, extraviado en una liga en los confines de la Patagonia, recibía la mencionada sanción en contra y, tras un exabrupto boxeril de uno de sus integrantes (que terminaba noqueando al árbitro por el cobro tan injusto y poco antes de la hora), debía esperar una semana entera antes de que se sirviera el penal contra su arquero. Como un síntoma habitual de toda epopeya menor, había además en el relato la heroína desdeñosa que toda historia de esa índole requiere: una rubia alta y a quien el arquero enfrentado al penal inminente le solicitaba el favor de su cuerpo en caso de atajarlo. “¿Y si no lo atajo?”, le preguntaba finalmente el agraciado, con el

alma en un hilo. “Entonces quiere decir que no me querés”, respondía la rubia.

Lo primero que aprendí cuando acudí por primera vez a un estadio con mi padre (tendría unos seis años), fue que había un equipo de mis amores y que éste me estaba, de algún modo, asignado con carácter hereditario, que no era una cuestión negociable. Me bastó con preguntarle aquella vez a mi progenitor de qué equipo éramos, cuál era el nuestro. Él se limitó a informármelo sin explicaciones, quizás porque era un acto de fe, como un dato incorporado a mi propio ADN. La segunda cosa que aprendí fue un código, un *ethos* espontáneo, una moral que asomaba en cada gesto dentro de la cancha. Ocurrió por primera vez un día que nuestro equipo batió al contrario por la cuenta mínima, como a regañadientes, sin ninguna mística de por medio. La hinchada pifió entonces su cometido, al concluir los noventa minutos de juego. Me pareció ciertamente desconcertante y pregunté a mi padre la razón de ese rechazo multitudinario. ¿Por qué pifiaba la gente si habíamos ganado? “Porque ganamos mal”, me espetó el viejo en tono igual de taxativo. Ese mínimo gesto, esa frase al pasar, esa reticencia colectiva de la hinchada ante lo que parecía a todas luces un triunfo inmerecido, me enseñaron algo crucial, aunque hoy parezca tan básico: que no bastaba con ganar; había que hacerlo con prestancia y lealtad, sin triquiñuelas, sin mezquindades. Albert Camus lo corroboró luego en mis lecturas de adolescencia, en esa frase que es hoy historia y parte de su propia biografía: “Después de muchos años en los que el mundo me ha permitido variadas experiencias, lo que

más sé, a la larga, acerca de la moral y las obligaciones de los hombres se lo debo al fútbol" (citado en De Frutos, 2010).

Se diría que cada hombre brinda a su hijo una imagen posible del guerrero, algo que busca asentar en su interior una ética aconsejable. Se diría además –es lo que vengo a proponer– que el procedimiento para ello es no pocas veces el fútbol, cuando padre e hijo acuden juntos al estadio cada fin de semana (un bello ritual de infancia que la vida se encarga luego de diluir). Allí el padre habrá de exponerle, en forma tácita, todas y cada una de las muchas opciones que la vida le ofrece, un camino recomendable y otros descartables, una idea de la propia dignidad y un peculiar sentido de lo honorable. Le enseñará que el trabajo mancomunado es, en no pocas ocasiones, más eficaz que el individualismo excluyente y mezquino, pero que cierta cuota de individualidad deslumbrante (la de los llamados “jugadores desequilibrantes”) es también un factor decisivo; que un líder resuelto a todo es quizás crucial y puede voltear a su favor situaciones adversas, que parecían definitivamente perdidas; que ese influjo carismático se gana con destreza, pero también con pundonor y el respeto gradual de los restantes componentes dentro del entramado; que el fin justifica a veces los medios, pero que un partido ganado con estilo resulta desde luego más digno y loable y queda para siempre en la memoria de la especie; que, habitualmente, el que la sigue la consigue, pero que no siempre es así, porque el malévolo azar, cuando sobreviene por ejemplo en un contragolpe fortuito, puede desbaratar a última hora los planes mejor

concebidos y borrarlos la felicidad del rostro; que, junto a la avanzada muscular que opera de hecho en la cancha, hay siempre un hombre mayor a la orilla del césped (el “míster”, el “profe”, el Director Técnico), un individuo estoico que, por lo general, sabe más por viejo que por diablo o porque tiene luego la nobleza de encarar a la prensa cuando algo sale mal; que en cualquier instancia épica existe un principio de contención (el árbitro) y una figura contraria –por así decirlo– al dinamismo general, un juez omnipresente con quien no se discute, que es como la encarnación transitoria de la justicia, pero suscita igual el encono y la ira sistemática de los restantes protagonistas, incluido el público. Igual que sucede con la autoridad o los engranajes encargados de impartirla en la “vida real”.

Hay, entre las muchas obras de ficción inspiradas en el balompié, otra pieza notable del escritor español Ignacio Martínez de Pisón (1994), en la cual se patentiza esa significación ética del fútbol y sus consecuencias a veces impredecibles sobre el entorno social inmediato. En *El fin de los buenos tiempos*, un relato de largo aliento incluido en su recopilación del mismo nombre, refiere los auges y caídas tantas veces presenciados en el universo del fútbol, la dinámica que parece consustancial –dolorosamente consustancial– a sus héroes transitorios: desde la fase juvenil y formativa en que todo es la ilusión en ciernes, el sueño que se viene, pasando por la fase de gloria y honores (y emolumentos desbordantes, ganancias inimaginables para el muchachito de los orígenes), a esa etapa última en que el ídolo decae al fin,

pierde su forma estilizada y sus dones, se redescubre como un ente prescindible en el escenario implacable del alto rendimiento y el marketing deportivo, comprueba quizá que sus inversiones no fueron afortunadas, o que ni siquiera las hubo, y ha de volver a su entorno de procedencia para seguir brillando apenas en el comidillo pueblerino o de barrio, engordando con el resto, envejeciendo con parsimonia, más lentamente si se quiere que sus antiguos ídólatras. En el cuento aludido, el héroe sujeto a esas vicisitudes es un tal Silvestre, antiguo crédito de un equipo español de provincias que ha conseguido saltar a la primera división y brillar en ella por un breve lapso. En el pueblo de antaño perviven su recuerdo y la mitología asociada a sus hazañas pretéritas, pero a la vez algunos cabos sueltos: una novia preñada –María– a la que abandonó en pos de la fama, un hijo –Bellido– no reconocido y nacido en su ausencia, que es ahora un adolescente y el nuevo “crack”, ingenuo y deslumbrante, del equipo futbolístico juvenil del pueblo. Bellido, el jovencito abandonado, repite sin saberlo las hazañas del padre biológico. Una suma de casualidades derivan en que Silvestre, el viejo ídolo ahora alcoholizado, vuelva al pueblo para asumir la dirección técnica del equipo juvenil, donde está su hijo olvidado, desconocedor hasta allí de quien fue su verdadero padre. A contar de aquí, la auténtica batalla no es futbolística, sino la lucha soterrada y dramática que se libra entre la madre del chico y el desgastado Silvestre, para triunfar en la mente y el corazón del hijo, con la suerte del equipo juvenil pendiendo de un hilo, dependiendo

de quien logre imponerse en su corazón. La madre pugna por alejarlo del fútbol y convertirlo en un “hombre de bien”, aunque su verdadera razón sea resarcirse finalmente de su estigma de madre soltera. Silvestre, por su parte, solo pugna por él mismo y una pizca de gloria adicional, instrumentalizando para ello a su hijo abandonado. El melodrama discurre con el pueblo haciendo la vista gorda ante los yerros pretéritos de Silvestre y el dolor superviviente de la madre, que ha criado sola al chico. Para el pueblo se trata, por sobre todo, de conseguir el ascenso del equipo juvenil a la división de honor. Es una tragedia menor y un melodrama afín al género futbolero, cercano a las emociones exorbitantes y las adhesiones irracionales que él suscita. Una suerte de folletín contemporáneo, una telenovela a su manera, impecablemente escrita, estremecedora en su desarrollo. Casi parece, en un momento, que Silvestre se ha impuesto en el corazón del chico, consumando de ese modo la traición colectiva, contraria a la reivindicación que anhela la madre. Hasta que sobreviene el último partido, con María, la madre, sola en un rincón del estadio, sollozando su derrota, y el infatuado Silvestre en la banca, dirigiendo y arrebatándole finalmente a su hijo. Para alcanzar el triunfo y el ascenso, Bellido, el hijo, ha de patear otro penal de última hora en favor del equipo juvenil, contribuyendo él mismo al anhelado ascenso del equipo y la gloria inmerecida de Silvestre. La resolución aflora en boca de quien nos refiere toda la historia, un habitante adicional del pueblo con más conciencia que el resto de lo que verdade-

ramente se juega en el penal:

... sabía lo que iba a ocurrir. Sabía que Bellido tomaría carrerilla y golpearía con fuerza el balón pero éste saldría desviado fuera de la portería.

Cerré los ojos y los mantuve cerrados hasta que un grito unánime de decepción confirmó la bondad de mi pronóstico. En efecto, el balón había salido fuera de la portería. No había nada que hacer, el ascenso era ya imposible, y cuando Bellido volvía a su lugar en la banda le vi detenerse un momento y alzar sus ojos de niño buscando a su madre en las gradas. María había dejado de llorar y su figura había recuperado algo de aquella prestancia altiva y enérgica que siempre la había caracterizado. Escuché a mi derecha un insulto dirigido al entrenador. Varias personas más lo secundaron de inmediato, y en muy pocos segundos aquellos gritos fueron extendiéndose por toda la gradería hasta convertirse en un abucheo generalizado. Los aficionados expresaban así su disgusto por el fracaso del equipo pero, en mitad de aquel vocerío ensordecedor, yo quise imaginar algo más. Quise imaginar que las lágrimas de María habían removido las conciencias de todos, no solo la mía, y que aquel clamor era una manifestación clara de condena: el pueblo entero había juzgado a un hombre y lo había declarado culpable (Martínez de Pisón, 1994: 106-07).

La violencia y sus muchas lecturas

Aunque en otro ámbito, el terreno bien urdido de un drama pasional, el mencionado re-

lato sugiere la forma destructiva que adopta en ocasiones esa "ira sistemática" de las multitudes futboleras. Un fenómeno que no cabe eludir, por cierto, patente en las varias latitudes del mundo futbolizado, que es hoy decir el mundo entero. Cuya dinámica violenta parece sujeta a una escalada curiosa: una forma de violencia verbal que primero se dirigía contra el árbitro y los jugadores rivales saltó, de pronto, a los del propio equipo y a la barra rival, y de ahí, muchas veces, a la población cercana al estadio. Un torbellino capaz de suscitar sesudos estudios sociológicos, debates parlamentarios abocados al problema, desarrollos tecnológicos específicos (medios audiovisuales, sistemas de circuito cerrado que apuntan a disuadir esa violencia por la vía de la identificación inmediata del hechor), y prohibiciones de alcances a veces continentales, como la que en 1985 recayó en los clubes ingleses tras la debacle homicida protagonizada por los *hooligans* británicos en el estadio belga de Heysel, donde murieron aplastados varios hinchas del equipo contrario. A veces, como viene ocurriendo de un tiempo a esta parte en nuestro país, son aprobadas medidas coercitivas de carácter emblemático, que buscan despojar a la masa vociferante de sus señas de identidad (los lienzos que suelen desplegarse en las rejas de contención), sus instrumentos de labor (el bombo que hasta hace poco lideraba sus cánticos) o sus recursos menos ortodoxos para manifestar su entusiasmo (las bombas de estruendo y bengalas, los fuegos de artificio, los surtidores de humo de color). Todo ello con el pretendido objetivo, hoy voceado hasta la saciedad por las autoridades loca-

les, intendentos y hombres de prensa, de que “la familia vuelva a los estadios”².

Más allá de su efectividad real, muy dudosa en el largo plazo, hay en estas medidas una cualidad irreflexiva y automática por parte de la autoridad, una suerte de reflejo pavloviano que, al menor indicio de una multitud en las calles o en las gradas atiborradas de un anfiteatro deportivo, reacciona con la coerción institucional y el recurso inmediato de las fuerzas anti-motines, sin atender a sutilezas varias que se desprenden de lo expuesto hasta aquí, ni atender a fenómenos de comportamiento grupal que en última instancia refuerzan –en lugar de debilitar– la noción de lo societal, ese orden y cohesión social que la propia autoridad busca resguardar. El alza en la violencia asociada a los estadios parece ligada, antes que al fútbol en particular, a un alza general de la criminalidad juvenil en el mundo industrializado y occidental y a

² Dos cosas como mínimo cabe señalar respecto al vocado eslogan. La una, que no es muy claro que la familia, en el sentido publicitario y tan convencional que sugiere la expresión, estuviera alguna vez en los estadios: hay ámbitos ceremoniales masivos en que la familia como tal no encaja, como puede ser el de un recital multitudinario de música rock y como es, desde luego, el del espectáculo futbolístico, aunque más no sea por la indiferencia o renuencia de la audiencia femenina a dicho espectáculo (lo cual no quita que la fanaticada juvenil esté cada vez más integrada y compuesta por chicas jóvenes, que asumen los emblemas de su equipo con igual o mayor vehemencia que el de los varones). La segunda cuestión es el supuesto implícito, tan burgués, tan querido a la gente de orden, de que la familia es por sí misma garantía de paz y no violencia, de un comportamiento apacible y pletórico de cordura. No es del caso volver aquí sobre la evidencia acumulada (entre otros nombres, por Ronald Laing, el mentor de la escuela anti-psiquiátrica, o David Bateson, estudioso de la meta-comunicación invalidante en la vida social) acerca de la violencia que la estructura familiar ejerce en variados ámbitos, aun cuando cabe convenir en que es una forma preferentemente psicológica y no la que suele operar en los recintos deportivos. Sea como sea, el mencionado eslogan no pasa de ser un manifiesto de buenas intenciones, aunque sus intenciones subrepticias, el afán apenas simulado de la autoridad por reconvertir el espectáculo del fútbol en una excursión campes- tre, no pasa inadvertido.

la emergencia concomitante de sub-culturas anómicas (Frosdick, March, 2005), de tintes racistas o proclives al extremismo político, en lo cual tuvo no poca incidencia la política de restricciones impuestas por el “thatcherismo” en Gran Bretaña, punto desde el cual se irradió, quizá por mera imitación en un principio, al resto del continente europeo y a otras latitudes, incluida la Argentina de las “barras bravas”. Insistir a secas en la solución policial del problema equivale, una vez más, a soslayar –como sucede muchas veces con la política carcelaria– sus causas socioeconómicas estructurales para focalizarse en sus consecuencias más estridentes. Frosdick y March (2005) sugieren que ni siquiera es posible correlacionar, sin asomo de duda, el elevado consumo de alcohol con los estallidos de violencia en los estadios. En muchos países de Europa o en los EE.UU., no existen restricciones al respecto ni se observan, o se derivan a partir de ese consumo no fiscalizado en los estadios, episodios violentos. A la inversa, en otros países donde se da la prohibición y la ley seca en el recinto –nuestro país sería un ejemplo– estallan de hecho, cada tanto, episodios de violencia fraticida entre las barras rivales. Los autores citados atribuyen una mayor relevancia causal a la televisión y la cobertura amplísima que ella ofrece de tales eventos. De hecho, el fenómeno hooligan hace su aparición en los años 60 de la pasada centuria, en concomitancia con la mayor visibilidad que la televisión posibilita de sus gestos y pancartas en los estadios y alrededores. Parece haber, aquí, una profecía auto cumplida de

la autoridad y los medios de comunicación masivos: las medidas excepcionales y la visibilidad otorgada a partidos rotulados de antemano como "de alto riesgo" terminan, de hecho, generando ese alto riesgo (Marsh *et al*, 1978) y la propensión de los hinchas a portarse mal, con miras a exhibir su comportamiento en la caja de resonancia desplegada gratuitamente a esos efectos.

Según variadas aproximaciones, la asociación grupal en torno a ceremoniales extáticos (propiciadores del éxtasis grupal), como son los conciertos de rock o el fútbol, no es sinónimo *sine qua non*, o la causa de, la disolución anómica. La horda que se reúne periódicamente y alardea de sus emblemas cohesionantes –incluidos los insultos al adversario y la autoridad, por qué no– escenifica, no su avidez de violencia, sino precisamente un ansia implícita de cohesión, el anhelo de perderse en un ritual colectivo que le garantiza, le guste o no a la sociedad bien pensante, su anhelo paralelo de pertenencia. Todo ritual dionisiaco conlleva, en su propio subtexto, la avidez de lo apolíneo y normativo: un ansia de estar en sociedad, una renovación de la *societas* y la mancomunidad intrínseca. Un análisis espléndido de un ámbito análogo al del fútbol, el de las audiencias "rockeras", sugiere esto mismo: también en los escenarios del rock, la audiencia se conecta con lo sagrado (en el sentido preclaro que Durkheim lo caracterizaba), se deja llevar, disuelve su yo en el contacto grupal, demanda de sus ídolos su muerte ritual (Martin, 1979). También el fútbol, la audiencia del fútbol, exigen de sus héroes el sacrificio ritual, la entrega al límite de

sus posibilidades, la respuesta a la demanda extrema de sus acólitos, y a la vez la ruptura, el gesto que rompe con el sistema (en el caso del rock) o quiebra la resistencia pusilánime, "arratonada", del adversario (en el caso del fútbol). Lo interesante del caso es la cohesión que ello posibilita, el anhelo ya mencionado de pertenencia. Aquí es, con seguridad, donde la institucionalidad se equivoca: adscribe a la barra futbolística una cualidad anómica *per se*, la asimila por sí misma, y con sus gestos discordantes, a la violencia eventual. Es por decir lo menos un equívoco. La barra brava encarna la dualidad consustancial a la actividad simbólica humana: los símbolos permiten "ordenar" el mundo, pero solo prosperan si engloban a la vez la rebelión, el caos, la posibilidad de desordenarlo. La vivencia de lo sagrado en el fútbol hace posible una paradoja: reúne a la masa –vario-pinta, hoy por hoy, en su composición social– para arrasar, a propósito de su pasión futbolera, el sistema instituido, pero brinda a la par, a esa masa heterogénea, la opción de reconocerse en esa *societas* particular, de pertenecer, de impugnar desde su club y sus emblemas al guardián del orden que revisa a la gente a la entrada del estadio, o a la dirigencia y sus deudas nunca resueltas en lo económico o lo deportivo. El estadio es, en esa vena, un túnel de acceso a la magia, esa que escasea en lo cotidiano. Como bien lo resume una vez más Carretero Pasín:

La *magia del fútbol* encaja perfectamente en la experiencia general provocada por la magia. El fútbol reintroduce transitoriamente el sueño,

la ilusión, lo *extra-ordinario*, lo maravilloso, en la vida cotidiana, dando rienda suelta a aquella *fantasía trascendental* atesorada en lo más profundo de toda sociedad y que anhela transfigurar, desdoblar, una realidad *desencantada* [...] Su fundamento antropológico último es un anhelo, diríamos *arquetípico*, de insubordinación, de rebelión, frente a la tiranía de un tiempo *profano* que desgasta (Carretero Pasín, 2005: 12, cursivas en el original).

Un mundial de fútbol que asoma cada tanto en lontananza, esa y otras competencias equivalentes, son, desde esta perspectiva susceptible a la metáfora, una instancia innegable de la felicidad: la oportunidad que se nos brinda de vez en cuando de volver junto a la horda para mordisquear abundantemente, y junto a ella, nuestra pata del mamut en el asado de rigor. Es la opción de reconocernos mutuamente como engranajes significativos o partes irrefutables de un todo. De vivir con el cerebro en remojo y en estado vegetativo durante unos días, un mes o poco más (en el caso de un mundial). Es la posibilidad de enardecernos contra el árbitro y ver caer de tanto en tanto a nuestros últimos héroes, a cada émulo contemporáneo de Aquiles doblegado por una ruptura súbita de ligamentos –quizás a la altura del talón– o una versión arbitraria de Ulises entrando al área con pelota dominada, encajando la esférica donde parecía imposible, para dejarnos pasmados, boquiabiertos, exultantes, pero ante todo agradecidos. Luego serán de nuevo el orden, la gran costumbre: el entrama-

do habitual y sus exigencias monocordes. Hasta cuando sintamos retumbar de nuevo el tam-tam primordial en la lejanía. Hasta que oigamos de nuevo el aullido de la muchedumbre convocándonos, invitándonos a participar alegremente en el ritual y ese refugio colectivo de la horda en rededor.

Bibliografía

- **Carretero Pasín**, Enrique (2005). “La religiosidad futbolística desde el imaginario social. Un enfoque antropológico”, en A Parte Rei, Revista de Filosofía, N° 41, <http://serbal.pntic.mec.es/~cmunoz11/index.html>
- **De Frutos**, Javier (2010). “El fútbol sin dudas de Albert Camus”, en Periódico Diagonal, <http://www.diagonalperiodico.net/El-futbol-sin-dudas-de-Albert.html>
- **Durkheim**, Emile (1982). *Las formas elementales de la vida religiosa*. Madrid: Akal.
- **Frosdick**, Steve y **Marsh**, Peter (2005). *Football Hooliganism*. Londres: William Publishing Culmcott House.
- **Huizinga**, Johan (1996). *Homo ludens*. Madrid: Alianza.
- **Kelly**, Annie (2011). “The barra bravas: the violent Argentinian gangs controlling football”, en The Guardian, <http://www.guardian.co.uk/football/2011/aug/21/argentina-football-gangs-barra-bravas>
- **Lasch**, Christopher (1999). *La cultura del narcisismo*. Barcelona: Andrés Bello.
- **Martin**, Bernice (1992). “La sacralización del caos: el simbolismo en la música rock”, en Revista Estudios Públicos, N° 48.
- **Martínez de Pisón** (1994). “El fin de los buenos tiempos”, en *El fin de los buenos tiempos*. Barcelona: Anagrama.
- **Soriano**, Osvaldo (1993). “El penal más largo del mundo”, en *Cuentos de nuestros años felices*. Buenos Aires: Sudamericana.
- **Winnicott**, D. W. (2002). *Realidad y juego*. Barcelona: Gedisa.